

# ARTBO

## Bogotá busca dejar su marca en el mercado de arte de la región

Setenta galerías de veinte países participaron en la 14ª edición de la feria, que intenta posicionarse como la principal plataforma del mercado de Latinoamérica.



Visitantes de la feria entre las láminas colgantes de "Transcromía", la instalación del venezolano Carlos Cruz Diez en la sección "Sitio".

Una gran instalación de Carlos Cruz Diez recibía al público apenas ingresaba en el amplísimo espacio de exposición de ARTBO, la feria de arte contemporáneo de Bogotá cuya edición 14<sup>a</sup> cerró el domingo pasado con la participación de 60 galerías de 21 países de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, entre ellas, seis de la Argentina. “Transcromía”, la obra del artista venezolano –considerado uno de los exponentes más importantes del arte cinético y óptico en Latinoamérica–, es una instalación específicamente realizada para el espacio, compuesta por una serie de láminas colgantes de policarbonato que crean un laberinto de color. En ese dédalo se mete uno como en un juego en el que la percepción y la composición cromática varía según el espectador se va desplazando por el interior de la obra.

Saliendo de ahí, cada uno debió ingeniárselas para encontrar su rumbo personal en ese otro laberinto que –como toda feria de arte contemporáneo– es ARTBO. La de Cruz Diez formaba parte de un puñado de obras que integraban “Sitio”, una de las secciones de la feria: instalaciones de grandes dimensiones distribuidas en distintos puntos del predio ferial, presentadas por diferentes galerías. Las incluidas en “Sitio” son obras ambiciosas, de gran escala o experimentales. Una de ellas es “Ejercicio individual”, videoinstalación de la serie “Momentum” de la artista argentina Silvia Rivas, que reflexiona sobre la idea del tiempo, y no es arriesgado decir que fue uno de los puntos salientes y más comentados de la feria. La obra se concentra en el momento previo a un acontecimiento: la caída al vacío.

Era difícil apartar la vista de la hipnótica imagen de la muchacha cayendo una y otra vez en la enorme pantalla colocada sobre unos andamios a unos cuatro metros de altura. Para Rivas, la inclusión de su video en esta sección de la feria fue una oportunidad fundamental que le permitió visibilizar su obra de una manera inusual: el costo de este formato de gran escala es imposible sin el aporte de la feria. Y los resultados fueron óptimos: Rolf Art, la galería argentina que presenta su obra –además de varias piezas de Cristina Piffer y dos fotos de Facundo de Zuviría–, vendió en el segundo día de la feria, dos de las tres copias de “Ejercicio individual” en 10.000 y 12.000 dólares –el precio de la tercera es 15.000–. Hay que aclarar que la venta no incluye el dispositivo de reproducción, es decir: se trata exclusivamente del video en un pen-drive y sugerencias de la artista acerca de los requerimientos para su instalación y reproducción.



“Ejercicio individual”,  
videoinstalación de la  
argentina  
Silvia Rivas,  
presentada  
por la galería  
Rolf Art.

Además de “Sitio” y de la sección principal con la oferta de las galerías, ARTBO contó en su formato con otras secciones, como ya es habitual en las ferias de arte: con curaduría del guatemalteco Eiliano Valdés, “Los pensamientos se vuelven cosas” presentó 14 proyectos individuales de artistas. Uno de ellos pertenece a la argentina Mariela Scafati, con retratos abstractos de amigos de la artista. Otra de las secciones, “Artecámara”, expuso trabajos de jóvenes artistas sin representación comercial. En la sección “Referentes” se presentaron obras históricas de artistas que rompieron paradigmas en la historia del arte. La curadora estadounidense Pilar Tompkins seleccionó allí trabajos de la segunda mitad del siglo XX asociados con el feminismo, el arte queer y los discursos de género. Entre las obras seleccionadas hay una fotoperformance de 1983 de la argentina Liliana Maresca, con registro fotográfico de Marcos López.

Los comentarios que Ñ recogió entre organizadores y expositores de ARTBO fueron muy positivos, tanto en cuanto a las ventas realizadas como al número de visitantes, que superó los 35.000. La percepción general es que esta fue la edición más internacional y con mayor representación y diversidad desde que ARTBO se creó en 2004 por iniciativa de la Cámara de Comercio de Bogotá. Según la directora de la feria, María Paz Gaviria –hija del ex presidente del país, César Gaviria–, el cuidado en los contenidos en los últimos años se ha convertido en un diferencial respecto de otros encuentros similares en la región. Gaviria calcula que unos 6.000 coleccionistas, curadores y profesionales del arte pasaron este año por ARTBO. Asistieron además miembros de los boards de ocho grandes museos, como el MoMA de Nueva York, el Pompidou de París, el Rufino Tamayo de México y el

Malba. “Es que la feria es por supuesto una apuesta de mercado –dice Gaviria– pero va más allá: ARTBO ha prestado mucha atención a sus contenidos, que son muy diversos y están muy bien curados”.



Un sector de la sección “Referentes”, curada por la estadounidense Pilar Tompkins. EFE/Leonardo Muñoz

Es posible agregar otros factores para explicar su crecimiento desde la primera edición, que contó con apenas 29 galerías de siete países: junto con una ubicación geográfica que la vuelve muy accesible para el coleccionismo estadounidense, europeo y latinoamericano, es fundamental el cambio en la percepción que internacionalmente ha venido dándose respecto de Colombia en lo que se refiere a seguridad y estabilidad política. El interés que ARTBO tiene para el Estado colombiano se advierte en el atento recorrido de más de dos horas que el presidente Iván Duque hizo por los stands. Por otro lado, es vital el apoyo sostenido de la Cámara de Comercio, que ve a la feria como una oportunidad de crecimiento. La entidad empresarial se ha convertido de hecho en líder de la vida cultural de la ciudad. El panorama se completa con la prioridad que el gobierno colombiano le da a la industria creativa como factor de crecimiento de la economía. Existe

una decisión de fortalecer la marca Colombia y convertir al país en destino cultural, para lo cual hay en marcha una serie de programas con el Banco Interamericano de Desarrollo.

En cuanto a la participación argentina en la sección principal, Ruth Benzacar vendió “Sailboat and Reflection”, una escultura de bronce de Leandro Erlich que flotaba en el aire suspendida de un hilo. Su valor, 70.000 dólares. La misma galería vendió en 60.000 dólares “Silken Moment”, óleo de gran formato de Jorge Macchi, y una obra sin título –de jean, canvas, acrílico y cierres– de Valentina Liernur, en 10.000 dólares.

También estaban conformes con la suerte que corrieron en la feria otras galerías argentinas como Isla Flotante, que vendió una fotografía de Valentín Demarco en 2.000 dólares y una instalación de dijes de Nicolás Martella en 3.500, y Pasto, que vendió dos obras de Sofía Durrieu, una escultura del brasileño Lucas Simões y un óleo de gran formato de Gimena Macri.